

Nacionalismo y conflictividad socio-ambiental en un mundo rural en Transición: las protestas contra las centrales nucleares en el País Vasco y Galicia*

Daniel Lanero (Universidade de Santiago de Compostela)

Raúl López Romo (Universidad del País Vasco/EHU)

En este trabajo entramos en una faceta concreta del fenómeno del nacionalismo: los discursos y prácticas sociales en torno a la oposición a las centrales nucleares. Este tema suministró argumentos y facilitó la salida a la calle de personas y organizaciones nacionalistas. Esta vía de aproximación al problema nos permitirá saber más acerca de la penetración de masas del nacionalismo (vasco y gallego), también en el mundo rural. Sostenemos, pues, que la conflictividad socio-ambiental, bajo determinadas circunstancias, puede convertirse en un valioso instrumento para el nacionalismo a la hora de ampliarse como movimiento y, al mismo tiempo, para conectar con las comunidades rurales en las que iban a estar asentadas las infraestructuras objeto de liza. Analizaremos todo ello en relación con un contexto políticamente inestable, lleno de expectativas pero también de incertidumbre, como fue el de los últimos años del Franquismo y la Transición.

1. Marco teórico

Antes de entrar en la parte empírica del trabajo es conveniente profundizar en alguno de los conceptos clave que aparecerán a lo largo del texto. Aquí entendemos por movimiento social: “una red interactiva de individuos, grupos y organizaciones que, dirigiendo sus demandas a la sociedad civil y a las autoridades, interviene con cierta continuidad en el proceso de cambio social mediante el uso prevalente de formas no convencionales de participación”¹.

El movimiento antinuclear se suele integrar dentro del ecologista y a este último se le ubica asiduamente en las listas de los “nuevos” movimientos sociales. Pero existen

* Los autores hemos desarrollado este trabajo en el marco de sendos Grupos de Investigación, uno dirigido por Luis CASTELLS en la UPV-EHU, ref.: HAR2008-03245/HIST y el otro por Ramón VILLARES en la USC, ref.: HUM2007-65982/HIST.

¹ CASQUETE, J.: *El poder de la calle. Ensayos sobre acción colectiva*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2006, p. 56.

ejemplos de conflictividad socio-ambiental que remiten al menos al siglo XIX². Ahora bien, en la línea de autores como Alberto Melucci o Jesús Casquete, aquí consideramos que la novedad del movimiento ecologista en los años setenta del siglo XX no viene tanto marcada por su presunta originalidad histórica, sino más bien por su adaptación a un contexto (el de la sociedad de consumo) aceleradamente cambiante y sustancialmente diferente al del siglo XIX. Un contexto en el cual los movimientos sociales estaban adquiriendo una relevancia históricamente inédita en torno a dos ejes: la intervención en el proceso de cambio social y la influencia en la toma de decisiones de las autoridades políticas³.

Un tema nuevo ligado a la conflictividad socio-ambiental fue la puesta en marcha de centrales nucleares para obtener energía eléctrica para uso civil. Durante las décadas de 1970 y 1980 las protestas contra las centrales nucleares supusieron una parte importante de las prácticas movilizadoras que, con un carácter socio-ambiental, se desarrollaron en Occidente⁴.

Hay autores que tildan de NIMBY's (por *not in my backyard*, no en mi patio trasero) protestas como las que aquí nos ocupan, acusándolas de tener un componente localista. Esto se traduciría en aspectos como que sus integrantes no elaboraron una crítica general acerca de la energía nuclear o que incluso la defendieron, siempre que su generación no estuviera ubicada en el entorno inmediato de las localidades que a los contestatarios les interesaban. Sin embargo, a partir de las formas de protesta centradas en un rango territorial local también se proyectaron valores y temas de más calado, como la defensa de los recursos de las comunidades⁵. En este sentido, como tendrá ocasión de verse, “lo local” se convirtió en un marco desde el que encarnar y proclamar abstracciones más amplias, entre las cuales también destacó “lo nacional”⁶.

² CALHOUN, C.: «Los “nuevos movimientos sociales” de comienzos del siglo XIX», en TRAUGOTT, M. (comp.): *Protesta social. Repertorios y ciclos de acción colectiva*, Barcelona, Hacer, 2002, pp. 193-241.

³ CASQUETE, J.: «Nuevos y viejos movimientos sociales en perspectiva histórica», en *Historia y Política*, 6 (2001), p. 213; y MELUCCI, A.: «¿Qué hay de nuevo en los nuevos movimientos sociales?», en LARAÑA, E.; y GUSFIELD, J. (coords.): *Los movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS, 1994, pp. 119-150.

⁴ RUCHT, D.: «El impacto de los movimientos medioambientales en Occidente», en *Cuadernos Bakeaz*, 39 (2000), pp. 1-12.

⁵ “NIMBY” se ha empleado para catalogar despectivamente a aquellos que no protestarían por grandes causas sino que se centrarían en lo particular y lo material. Bajo esa etiqueta se tilda a diferentes movimientos generados a escala local de egoístas, conservadores y contrarios al progreso y a los cambios sociales. Cfr. DELLA PORTA, D.; y PIAZZA, G. (eds.): *Voices of the valley, voices of the straits. How protest creates communities*, Oxford, Berghahn Books, 2008, pp. 2-4.

⁶ CARASA, P.: «El giro local», en *Alcores*, 3 (2007), p. 25.

Así pues, en este trabajo no pondremos únicamente el acento en la vertiente de confrontación con las autoridades sostenida por el movimiento antinuclear. Dado que aquí profundizaremos en los vínculos entre movilización social y nacionalismo, no perderemos de vista los aspectos identitarios que las acciones colectivas potenciaron, entre los cuales interesa particularmente el vector “identidad nacional”. Para profundizar en este tema tendremos en cuenta las formas a través de las cuales los sujetos dieron sentido a la realidad y se dispusieron para participar en acciones colectivas. Junto a este requisito de tipo cultural también analizaremos los recursos organizativos, los repertorios de protesta y las oportunidades políticas (según el Estado esté abierto o cerrado para incorporar demandas procedentes “desde abajo”) que pudieron facilitar la exteriorización de protestas⁷.

En dictadura, las reivindicaciones antinucleares muestran un perfil poco desafiante para las autoridades porque, en apariencia, no afectan directamente al núcleo de la legitimidad del régimen. Sin embargo, dichas reivindicaciones pueden convertirse en una vía para airear proclamas y símbolos (de corte nacionalista o no) que bajo circunstancias como la existencia de un Estado dictatorial tienen complicado acceder al espacio público⁸. Esas formas de demanda contribuyen a la democratización del régimen político desde el momento en que hacen visualizar la importancia de la ampliación de la participación pública en la toma de decisiones de las autoridades⁹.

En este sentido, defendemos que las manifestaciones antinucleares fueron una expresión más de la creciente auto-organización de la sociedad civil¹⁰, la cual, si bien no consiguió derrocar a la dictadura, sí contribuyó de una manera fundamental a su erosión y debilitamiento¹¹. Las huelgas del movimiento obrero, las protestas de estudiantes y miembros de las asociaciones de vecinos, la desafección clerical... Esto no sólo agudizó

⁷ McADAM, D.; McCARTHY, J. D.; y ZALD, M. N.: «Oportunidades, estructuras de movilización y procesos enmarcadores: hacia una perspectiva sintética y comparada de los movimientos sociales», en McADAM, D.; McCARTHY, J. D.; y ZALD, M. N. (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas. Oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo, 1999, pp. 21-46.

⁸ TARROW, S.: *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997.

⁹ TILLY, C.; y WOOD, L. J.: *Social movements, 1768-2008*, Boulder, Paradigm Publishers, 2009, pp. 135 y 136.

¹⁰ “El ámbito de la vida social que es voluntario y autónomo del Estado, y que incluye sobre todo los movimientos sociales, otras asociaciones voluntarias y la opinión pública”, según definición de CASQUETE, J.: *Política, cultura y movimientos sociales*, Bilbao, Bakeaz, p. 24.

¹¹ Vid., en esta dirección, RADCLIFF, P.: «Si ocurrió en España, ¿por qué no en cualquier otra parte? Evaluación del “modelo” español de transición democrática», en *Pasajes*, 29 (2009), pp. 109-119; o YSÀS, P.: «¿Una sociedad pasiva? Actitudes, activismo y conflictividad social en el franquismo tardío», en *Ayer*, 68 (2007), pp. 31-57.

la deslegitimación del Franquismo entre capas cada vez más amplias de la población, sino que también elevó el rumor cotidiano de las protestas de tal forma que éstas fueran audibles para las elites políticas y condicionaran hondamente el proceso político durante la crisis de la dictadura¹². Y todo ello no sólo desde un marco urbano, sino también en el mundo rural. Autores como Antonio Herrera han insistido en la importancia del proceso de transición política en los pueblos y no sólo en los despachos, de “descender de las “alturas” y prestar atención al ámbito local y rural”¹³.

2. La movilización antinuclear en el País Vasco: de Deba a Lemóniz (1973-82)

Al menos ya desde los años de la II República española venían produciéndose ciertos vínculos entre nacionalismo político y la defensa/conocimiento del medio ambiente en el País Vasco. Ahí tenemos el ejemplo de los grupos de montañeros nacionalistas dinamizados a principios del siglo XX por el PNV, que posteriormente participaron en la Guerra Civil en los batallones de *gudaris* (milicianos nacionalistas vascos). Entonces se trataba, entre otras cosas, de ligar el conocimiento y la preservación del entorno natural “nacional” mediante excursiones¹⁴. Así pues, como ya advertíamos, el aprovechamiento del vector medio ambiente en una dirección nacionalista no fue un fenómeno que apareció en los años sesenta¹⁵.

Una de las novedades más relevantes del caso que aquí nos ocupa fue la confluencia del nacionalismo de masas con un tema hasta entonces inédito y que nuevamente resultaría políticamente instrumentalizado. Se trata del impulso

¹² Frente a visiones académicas que reducen la transición a un pacto entre elites con la connivencia de una sociedad desmovilizada y apática (vid. SASTRE, C.: *Transición y desmovilización política en España (1975-1978)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1997) este trabajo se sitúa en línea con interpretaciones como las de GONZÁLEZ MADRID, D. A.; y MARTÍN GARCÍA, Ó.: «Desde abajo y en la periferia del desarrollismo. Cambio político y conflictividad social en la Mancha, 1962-1977», en GONZÁLEZ MADRID, D. A. (coord.): *El franquismo y la transición en España. Desmitificación y reconstrucción de la memoria de una época*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, p. 149.

¹³ La cita en HERRERA, A.: «“Otra lectura de la Transición española es posible”. La democratización del mundo rural (1975-1982)», en *Ayer*, 74 (2009), pp. 219-240; más en esa dirección en CABANA, A.; y LANERO, D.: «Movilización social en la Galicia rural del Tardofranquismo», en *Historia Agraria*, 48 (2009), pp. 111-132.

¹⁴ José Luis de la Granja recoge una cita según la cual los *mendigoizales* (montañeros nacionalistas) no estarían impulsados por un ánimo bucólico-paisajista sino que serían “alpinistas por patriotismo” con una función difusora del nacionalismo vasco, en GRANJA, J. L. de la: «Los mendigoizales nacionalistas: de propagandistas sabinianos a *gudaris* en la Guerra Civil», en RODRÍGUEZ DE CORO, F.: *Los ejércitos*, Vitoria, Sancho el Sabio, 1994, pp. 295-314.

¹⁵ Un interesante estudio que alerta sobre las potencialidades analíticas de atender a los vínculos entre paisaje y nación en HUYSSSEUNE, M.: «Landscapes as a symbol of nationhood: the Alps in the rhetoric of the Lega Nord», en *Nations and Nationalism*, 16 (2) (2010), pp. 354-373.

institucional, a través del Plan Energético Nacional, de varios proyectos de centrales nucleares en el País Vasco y Galicia a comienzos de la década de 1970. Era éste un contexto bien diferente al de los años treinta del siglo XX: en plena Guerra Fría y en el marco de una crisis ecológica que transcurrió en paralelo a la crisis política que derivó en el final del Franquismo.

Podemos hablar de tres etapas dentro del desarrollo de la controversia nuclear en el País Vasco. La primera estuvo protagonizada fundamentalmente por la conflictividad en torno al proyecto de construir una central en Deba a partir de 1974. La segunda etapa fue la iniciada por la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear y los Comités Antinucleares que proliferaron desde 1976 por numerosos pueblos y barrios de Euskadi. La tercera, de junio de 1977 en adelante, estuvo caracterizada por una mezcla de formas pacíficas y violentas de protesta (incluido el terrorismo).

Situándonos en una línea cronológica, nos centramos primero en lo que aconteció en Deba, una pequeña localidad agrícola y pesquera de la costa guipuzcoana. El malestar de alguno de sus vecinos ante el mencionado proyecto fraguó en la creación, todavía en vida del dictador Francisco Franco, de una Comisión Contra el Riesgo Atómico de Deba. Las formas de contestación puestas en marcha desde dicha organización consistieron en confeccionar pegatinas, convocar charlas en las localidades del entorno y escribir cartas a periódicos y requisitorias dirigidas a las autoridades municipales¹⁶.

El movimiento de protesta que se generó no partió de los entonces clandestinos partidos políticos, sino de la iniciativa de personas individuales, tanto nacionalistas vascos como no nacionalistas, amigos y conocidos de la localidad. Empleaban el clásico argumento sobre el peligro de escapes radioactivos y sobre la perdurabilidad de los residuos nucleares, que iba acompañado por otras consideraciones concretas, procedentes de informes como el elaborado por la Sociedad de Ciencias Aranzadi. Dichas consideraciones enlazaban con preocupaciones inmediatas de los habitantes del entorno de la central: se decía que la misma generaría problemas futuros para los pescadores y agricultores del lugar, ya que devaluaría los terrenos y podría empeorar la calidad y cantidad de los recursos pesqueros¹⁷.

¹⁶ Entrevistas personales con Urdangarin Altuna, Carmelo; Deba, 13-01-2009; e Izaga Reiner, José Luis; Deba, 13-01-2009, dos de los dinamizadores de dicha organización. Cartas al director en la prensa diaria en *La Voz de España*, 12 al 27-09-1974.

¹⁷ El «Informe de la Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi en torno a la central nuclear de Deba» online en: <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/munibe/1974001068.pdf> (consulta 14-07-2010).

En la suspensión del proyecto de Deba tuvo mucho que ver la relevancia alcanzada por las citadas protestas, que consiguieron conectar con los habitantes tanto de Deba como de otros pueblos del entorno (Eibar, Elgoibar, Oñate, Mondragón...) dado que, entre otras cosas, se atribuyó a la central nuclear el significado de una imposición más del Franquismo, adquiriendo así el movimiento tintes antidictatoriales¹⁸. Ello contribuyó a ahondar la deslegitimación del régimen autoritario y, al mismo tiempo, a facilitar un aprendizaje movilizador en favor de la democratización, al menos en el sentido que más arriba indicábamos: sobre la relevancia de la participación de los sujetos en la toma de las decisiones que atañen a la comunidad.

Teniendo en cuenta el ambiente no propicio para el desarrollo de la obra, las autoridades municipales y provinciales (múltiples ayuntamientos, entre ellos el de San Sebastián, así como la Diputación de Guipúzcoa), pese a no ser instituciones democráticas (y por tanto, pese a no estar directamente sujetas a control ciudadano), decidieron desaconsejar la construcción de la citada infraestructura¹⁹. Iberduero, la empresa promotora, perdió así aliados estratégicos y se concentró en otro proyecto: el de Lemóniz.

Lemóniz, nuestra segunda piedra de toque dentro del País Vasco, era otra minúscula localidad rural, en este caso situada en la costa de Vizcaya. A diferencia de lo ocurrido en Deba, aquí las obras de la central nuclear ya habían comenzado sin oposición desde principios de los setenta y contaban con el aval de la Diputación provincial. Las primeras protestas públicas y organizadas no aparecieron hasta mediada la década de 1970 y, al igual que en Deba, se centraron en denunciar, entre otras cosas, el daño paisajístico y medioambiental que implicaría la industrialización, en este caso, de la cala de Basordas.

Con todo, interesa conocer ahora cómo se produjo el salto cualitativo para que el sujeto agraviado pasara a ser ya no sólo una(s) localidad(es) concreta(s), sino “todos los vascos”. La formación en mayo de 1976 de la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear tuvo mucho que ver en ese proceso. Algunos de los integrantes de dicha organización empezaron a sostener que un accidente nuclear supondría la desaparición de todo el pueblo vasco. Asimismo, recurriendo a la sinécdoque, defendieron que era el

¹⁸ ALDABALDETRECU, P.; RECALDE, J. R.; y URDANGARIN, C.: *Deba, euskal kosta nuklearra*, San Sebastián, Kriselu, 1975.

¹⁹ *La Gaceta del Norte*, 22-08-1974.

propio “pueblo vasco”, asimilado a un cuerpo homogéneo, el que estaba llevando adelante el movimiento antinuclear al margen de partidos políticos y organizaciones sindicales²⁰. Medios de comunicación como, entre otros, los primeros abiertamente nacionalistas vascos radicales publicados en el País Vasco de la Transición, como el semanario *Punto y Hora de Euskal Herria*, daban un amplio eco a estas declaraciones. Ello dice mucho acerca del importante papel de la prensa libre en la popularización de la controversia nuclear.

Habría resultado contraproducente incorporar a las protestas contra Deba unos nítidos y públicos ingredientes nacionalistas vascos. Lo que se trataba entonces era de mostrar respetabilidad ante las autoridades y de evitar la represión de la policía. Pero desde 1976 en adelante, con Franco ya muerto y con un proceso de Transición en marcha, las oportunidades para la exteriorización de ese tipo de identificaciones nacionales estuvieron progresivamente más abiertas. Puede hablarse, para el caso de Lemóniz, de un proceso de nacionalización (con una vertiente discursiva y otra, como ahora veremos, movilizadora) impulsado “desde abajo”. Y es que la Comisión de Defensa se nutría, por un lado, de algunos expertos procedentes del mundo académico (economistas, abogados) pero, sobre todo, de activistas procedentes de las Asociaciones de Vecinos de Vizcaya²¹, que eran de las pocas organizaciones legales y, a la par, ajenas al control directo de la Administración franquista. Todo ello hay que enclavarlo en el marco de los inicios de la Transición, que fueron testigo de un fuerte proceso de nacionalización vasca²², paralelo a la práctica desaparición del espacio público de formas de expresión organizadas ligadas al nacionalismo español en el País Vasco²³.

La Comisión de Defensa organizó, junto con otros colectivos locales como el Comité Antinuclear de Lemóniz, la primera salida a la calle en forma de manifestación del movimiento antinuclear en el País Vasco, que tuvo lugar en Plentzia, localidad cercana a Lemóniz, en agosto de 1976. Las cifras sobre la asistencia varían según la fuente, pero en cualquier caso nos encontramos ante una respuesta masiva: habrían acudido entre 15.000 y 50.000 personas²⁴. Las circunstancias (una marcha autorizada en

²⁰ *Punto y Hora de Euskal Herria*, 7-07-1977.

²¹ Vid. el boletín publicado entre 1977 y 1978 por la Comisión de Defensa junto a las citadas Asociaciones: *Ez, Ez, Ez* (No, no, no).

²² QUIROGA, A.: «Amistades peligrosas. La izquierda y los nacionalismos catalanes y vascos (1975-2008)», en *Historia y Política*, 20 (2008), pp. 100 y 113.

²³ MOLINA, F.: «El nacionalismo español y la “guerra del norte”, 1975-1981», en *Historia del Presente*, 13 (2009), pp. 41-54.

²⁴ Archivo del Gobierno Civil de Vizcaya, parte policial diario, 30-08-1976; *La Gaceta del Norte*, 31-08-1976

un momento en que muchas otras, por ejemplo las del 1º de mayo, todavía eran ilegales) favoreció la aparición de todo un repertorio simbólico proscrito durante la dictadura. No se trataba ya sólo de simbología directa y explícitamente antinuclear, sino también de *ikurriñas* y pancartas del Partido Nacionalista Vasco (PNV) o la recién formada *Koordinadora Abertzale Sozialista* (Coordinadora Patriota Socialista, KAS)²⁵.

Prácticamente al mismo tiempo que las organizaciones civiles mostraban un interés creciente hacia el tema de la energía atómica, las organizaciones terroristas de ideología nacionalista vasca, particularmente ETA político-militar (ETApm) y ETA militar (ETA), hacían lo propio. Esta última organización colocó la primera bomba en Lemóniz en junio de 1977. A partir de entonces se sucederían los atentados, que alcanzaron su punto álgido a principios de los ochenta, con los asesinatos de José M.^a Ryan (1981) y Ángel Pascual (1982), los sucesivos ingenieros jefes de las obras²⁶.

En esta tercera etapa de la controversia nuclear en el País Vasco la violencia terrorista no sustituyó a las manifestaciones masivas convocadas por las organizaciones del movimiento antinuclear. Plentzia, la campaña de la Troka (en Lemóniz) y Deba fueron las localizaciones (próximas a los lugares donde iban a estar emplazadas las centrales) elegidas por la Comisión de Defensa y los Comités Antinucleares para el desarrollo de algunas de las marchas más multitudinarias. Ello sirve para trasladar la relevancia que desde el movimiento antinuclear se concedía al factor territorial. Un sector de los participantes, el adscrito al nacionalismo vasco radical, empleó esas manifestaciones como plataforma para reclamar la tutela terrorista mediante consignas del tipo: “ETA, Lemóniz Goma-2”²⁷. Así pues, la intervención de ETA en la controversia nuclear no tomó la forma de una maniobra de penetración o de injerencia desde fuera.

Una parte del nacionalismo vasco (el moderado del PNV) trocó su inicial apoyo al movimiento antinuclear por una calculada ambigüedad, antes de, finalmente, adoptar una postura favorable a la puesta en marcha de Lemóniz²⁸. Mientras tanto, nacionalismo vasco radical y conflictividad socio-ambiental comenzaban a combinarse con un tercer

²⁵ *El Correo*, 31-08-1976; *Garaia*, 9-09-1976.

²⁶ *El País*, 4-06-1977; 7-02-1981 y 6-05-1982.

²⁷ *Hoja del Lunes*, 13-03-1978; *El País*, 14-03-1978.

²⁸ *El Correo*, 18-10-1981. Para evitar la impresión de que todos los antinucleares eran nacionalistas vascos radicales cabe hacer un repaso a las posturas sostenidas por los partidos de todo el arco político vasco. Los favorables a la apertura de Lemóniz fueron PNV, AP y UCD. Tanto el nacionalismo vasco radical (HB, EE) como la extrema izquierda (EMK, LKI) se mostró rotundamente contraria. Dentro del PSE-PSOE y del PCE hubo más divisiones internas, si bien predominó la defensa de la paralización de las obras. El movimiento antinuclear no fue en Euskadi homogéneamente *abertzale* en ninguna de las etapas en las que hemos dividido su trayectoria. Pero la confluencia entre nacionalismo y ecología fue en todo momento tanto un ingrediente discursivo como un revulsivo movilizador de primer orden.

elemento: el terrorismo. Ello se tradujo, primero, en la legitimación de la violencia política a cargo de una capa social minoritaria pero relevante. Y después, en la utilización de la violencia a cargo de una vanguardia terrorista. Claro que el recurso al terrorismo implicaba unos costos personales de los que la simple retórica carecía: ETAm colocó en Lemóniz dos bombas que provocaron la muerte de tres obreros²⁹.

Desde las organizaciones del movimiento antinuclear vasco no se articuló ninguna denuncia pública de los atentados de ETA. Incluso, en ocasiones, se defendió la complementariedad de “lucha de masas” y “lucha armada”³⁰. Esta compleja connivencia, que abonaba el terreno para la reproducción del terrorismo a través de su parcial legitimación social, señala la que es una de las principales diferencias con el caso gallego, del que vamos a ocuparnos a continuación.

3. Nacionalismo gallego y conflictividad socio-ambiental

A diferencia de lo que acontece con los movimientos nacionalistas en Cataluña y el País Vasco antes de 1936, el nacionalismo gallego no parece haber mostrado, en su dimensión cultural, un interés prioritario por la naturaleza y las Ciencias Naturales, circunscribiéndose sus principales logros al ámbito de las Ciencias Humanas (Geografía, Etnografía...). Entre las iniciativas singulares del primer tercio del siglo XX, centradas en el conocimiento y la exaltación natural de la patria y de alguna manera, precursoras de una futura preocupación por el medio ambiente, hay que destacar las excursiones organizadas por el grupo juvenil nacionalista *Ultreya*, la *Sociedad Gallega de Amigos del Paisaje* o el propio *Seminario de Estudios Gallegos*³¹.

Sin embargo, el factor ambiental sí que cobrará una importancia significativa con el surgimiento, a comienzos de la década de 1960, de una nueva generación nacionalista articulada inicialmente en torno de un nuevo partido político clandestino: la *Unión do Pobo Galego* (UPG) fundada en 1964 y que tendría su primera actuación política de relevancia en 1965, en el marco precisamente de la fuerte oposición campesina a la construcción del embalse de Castrelo de Miño (Ourense). De aquí en

²⁹ *La Gaceta del Norte*, 18-03-1978; *Egin*, 14-06-1979.

³⁰ Raúl LÓPEZ ROMO, «Tiñendo la patria de verde y violeta. Las relaciones del nacionalismo vasco radical con los movimientos antinuclear y feminista en la Transición», recurso *online* en: www.ahistcon.org/docs/murcia/contenido/.../raul_lopez_romo_taller13.pdf (2008).

³¹ Xosé Antón FRAGA VÁZQUEZ, «Álvaro de las Casas e o excursionismo dos Ultreyas», en *Cerna*, 7 (1993), pp. 28 y 29; Francisco ABEIJÓN NÚÑEZ, *Álvaro de las Casas: vida e obra*, Toxosoutos, Noia, 2001.

adelante, la participación de las organizaciones nacionalistas en los diferentes conflictos socio-ambientales que se produzcan en el mundo rural será una constante. El papel protagonista no será de las múltiples estructuras partidarias que vayan apareciendo en torno de la marxista - leninista UPG, sino de los sindicatos creados ex – profeso para conseguir una penetración política nacionalista en el mundo rural, a saber, los *Comités de Apoio á Loita Labrega* (CALL), creados en 1970 y sus continuadoras, las *Comisións Labregas* (CCLL), que nacen en 1973.

La participación de las organizaciones políticas y sindicales nacionalistas en los conflictos socio-ambientales (pero también en los productivos o en los fiscales) de la Galicia rural del último tercio del siglo XX, podría dividirse en tres etapas: fase de clandestinidad durante el Tardofranquismo (1965–75); fase de semiclandestinidad en la primera Transición (1975–77) y fase de participación abierta (de 1977 en adelante). Como es lógico, la propia evolución de la estructura de oportunidades políticas en la Galicia y la España del final del Franquismo y la Transición condicionó la evolución de su actividad y visibilidad políticas, que se irá haciendo creciente, hasta el punto de que entre 1976 y 1978 no habrá conflicto ambiental en el que no tomen parte, cuando no directamente animen la propia articulación de la movilización social comunitaria y extracomunitaria. La nómina de conflictos socio-ambientales con intervención de las organizaciones nacionalistas (y con frecuencia también del Partido Comunista de Galicia, PCG) es muy amplia: construcción de embalses; expropiación de bienes comunales (montes, arenas...) para su explotación industrial (por empresas mineras, celulosas, cementeras...), la construcción de la Autopista del Atlántico, el proyecto de instalación de una central nuclear en la costa de Lugo... además de algunos otros conflictos que son el resultado de políticas agrarias concretas desarrolladas por el Franquismo pero que tuvieron también implicaciones medioambientales, caso de la repoblación forestal o de la concentración parcelaria.

El nacionalismo gallego empleó este tipo de conflictos como palanca para penetrar políticamente en un mundo rural cuyas estructuras asociativas había arrasado la represión franquista. En general, cuando las CCLL detectaban un conflicto real o potencial entraban en contacto con los campesinos afectados y les ofrecían su colaboración, que se concretaba a dos niveles: el asesoramiento por parte de especialistas, sobre todo juristas, aunque no sólo, y su disposición a amplificar al máximo la repercusión pública de cada conflicto, a través tanto de sus propios órganos de prensa como de las cabeceras generalistas más sensibles y afines (aunque no

necesariamente nacionalistas). La implicación de las CCLL en los conflictos solía conseguir la afiliación al sindicato de un más o menos reducido número de campesinos que después se convertían en activos cuadros en la zona. Asimismo, algunos labradores afiliados a las CCLL que hubieran participado en movilizaciones sociales previas tomaban parte en nuevos conflictos a modo de “ejemplo” con el que estimular la movilización de otros campesinos afectados. Sin embargo, no se debe deducir de lo anterior que los labradores gallegos consintieran en ser utilizados o manipulados sin más por parte de las organizaciones políticas nacionalistas... más bien su receptividad (cuando esta se produjo) tuvo también un fin instrumental, ganar apoyos externos a la comunidad con la intención de anular o reducir los perjuicios que les pudieran ocasionar determinadas iniciativas empresariales o de la administración del Estado. Otra cosa distinta es el concepto (cargado de prejuicios) que las organizaciones nacionalistas tenían de los labradores como sujetos políticos...

Sin embargo, la participación activa de las organizaciones políticas y sindicales nacionalistas en la conflictividad socio-ambiental de la época no respondió sólo a planteamientos de estrategia política que tenían muy presente la expectativa de un horizonte cercano de libre competencia electoral. Detrás de la permanente crítica a la instalación en Galicia de lo que el discurso nacionalista denominaba como “industrias contaminantes” existía también una teorización ideológica. Desde la fundación de la UPG a mediados de los años 60, y con más intensidad a lo largo de la década de 1970, las teorías del “colonialismo interno” van a ocupar una posición central en el corpus ideológico del nacionalismo gallego. Según esta línea interpretativa, desde finales de la Edad Media Galicia mantendría una posición de dependencia colonial respecto del Estado español. A la opresión política y lingüístico-cultural de éste, se añadiría (lo que más nos interesa aquí) una situación de explotación económica que se manifestaría en el carácter dependiente y subordinado de sus fuerzas productivas; la desviación hacia otros territorios del excedente económico producido en el país y la usurpación de sus recursos naturales (cuestión que estaría en la base de la conflictividad ambiental que estudiamos). Esta situación de explotación económica sería consecuencia no sólo de la dominación político - económica española, sino también de la fase de “expansión imperialista” del capitalismo mundial. La conceptualización de Galicia como “colonia interior” permitía asimilar su situación, con matices, a la de otras realidades nacionales, tanto peninsulares (sobre todo el País Vasco) como europeas (Bretaña, Córcega, Irlanda

del Norte) o a los movimientos -fueran vigentes o pasados- de liberación nacional del Tercer Mundo: Vietnam, Mozambique, Argelia...³²

Por tanto, los numerosos ejemplos de “industrias contaminantes” que se estaban instalando en Galicia durante la década de 1970 y en algún caso ya antes (como la celulosa de Pontevedra, en 1962) responderían a esta situación de colonialismo interior y dependencia económica en la que los países o regiones más desarrollados industrialmente reducen sus costes ambientales desplazando las industrias más contaminantes a países o territorios subdesarrollados, en los que el deseo de desarrollo industrial y el predominio entre el poder político y la opinión pública de una conciencia de atraso económico minimizaría la importancia de los costes sociales y ambientales. Para el nacionalismo gallego del periodo, el caso de Galicia encajaba bien en este modelo interpretativo. Menos sencillo sería sin embargo (al menos desde la perspectiva del desarrollo económico) encuadrar al País Vasco en un esquema semejante. La mayor factura ambiental y social la pagaría en el caso gallego un mundo rural que atravesaba por una gran crisis estructural desde finales de la década de 1950, al que se privaría de la posibilidad de un desarrollo endógeno a partir de la explotación propia de sus recursos agropecuarios, forestales o pesqueros³³.

4. La movilización antinuclear en Galicia: *Xove nuclear* (1973–77)

La primera manifestación del movimiento antinuclear tiene lugar en Galicia entre 1973 y 1977, como consecuencia del proyecto de construcción de una central en el lugar de Regodela (parroquia de Portocelo), en el municipio costero lucense de Xove. El proyecto, como tantos otros en aquella misma época, derivaba de los Planes Nacionales de Energía de la década de 1970. FENOSA, la empresa que dominaba el panorama energético gallego, pondría el 60% del capital, mientras que *Eléctrica del Viesgo* e *Hidroeléctrica del Cantábrico* iban a aportar el 40% restante para sufragar una instalación nuclear de cuatro grupos de 1.000 megawattios, el primero de los cuales se

³² Véase a este respecto, Justo BERAMENDI, Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, *O nacionalismo galego*, Edicións A Nosa Terra, Vigo, 1996, pp. 223-230. Desde otra rama del “nuevo nacionalismo gallego” de los años 60 y 70, la socialdemócrata del *Partido Socialista Galego* (PSG), también se realizaron contribuciones fundamentales a la teorización del colonialismo interior. Xosé Manoel BEIRAS: *O Atraso económico de Galicia*, Galaxia, Vigo, 1972, pp. 57-60; y del mismo autor: *Por unha Galicia liberada. Ensaio en economía e política*, Eds. Xerais, Vigo, 1984, pp. 243-261.

³³ «Opoñámonos ás industrias contaminantes no campo galego!!!», en *FOUCE. Voceiro das Comissões Labregas de Galicia*, 6 (noviembre de 1974), p. 5; Xoán SANTAMARÍA CONDE: «Colonialismo interior e dependencia», en *TEIMA*, 16 (31-3 al 6-4-1977), p. 8.

pretendía poner en marcha en 1982. Durante estos años la comarca lucense de A Mariña se convirtió en objeto de un intenso programa de explotación industrial, cuyo máximo exponente sería la ubicación a finales de la década de 1970 de una factoría de producción de aluminio (*Alúmina – Aluminio*) en el propio ayuntamiento de Xove.

Hasta entonces, la economía de la zona había estado basada en una agricultura de policultivo ganadero y, muy especialmente, en la pesca. También en un incipiente turismo estival. De hecho, y aunque con el paso del tiempo y la incorporación a las protestas de grupos ajenos a la comunidad rural local, irían sumándose nuevos argumentos (de “base científica”) en contra de la construcción de la central, la inicial oposición de los vecinos tuvo más que ver con la amenaza de una alteración significativa de su tradicional modo de subsistencia. En primer lugar, reaccionaron contra un proyecto poco transparente que amenazaba con llevarse por delante (expropiadas) sus tierras de labor y sus casas. Pronto se añadió a los argumentos de los vecinos el temor a un empobrecimiento de la riqueza piscícola y marisquera de la zona a consecuencia de la instalación de la central³⁴. Una de las mayores preocupaciones a este respecto era que el agua empleada para la refrigeración de los reactores nucleares, que sería posteriormente vertida al mar, aumentara de modo significativo la temperatura de este en las proximidades de la costa³⁵. Como se puede ver, tanto en su origen como en su desarrollo posterior (hasta el abandono del proyecto) el conflicto antinuclear de Regodela – Xove presenta muchas similitudes con el caso de Deba.

La aparición en el discurso de la comunidad local de nuevos elementos en contra de la instalación de la central fue producto de la interacción de los vecinos afectados con diferentes sectores de origen urbano, sensibilizados con la problemática ambiental y que actuarían como “aliados externos”. A las alteraciones productivas se añadieron entonces argumentos como la baja calidad de la tecnología a emplear (central nuclear de agua ligera), la falta de protocolos de seguridad adecuados y, de forma muy destacada,

³⁴ Recogemos aquí varias de las declaraciones de los vecinos en este sentido: “As carnes son as milloras e témo-la millor langosta, o millor percebe do mundo. O millor leite (...) Nesta casa hai unha lanchina que traballa no marisco e entre os veciños temos máis de sesenta. Na costa de Lugo hai moitas máis” en: «Xove. Unha industria porca», en *TEIMA*, 3 (30-12-1976 al 6-1-1977), pp. 7-11. “A forza temos que loitar contra ese proxecto [de central nuclear] porque, se chega a facerse, teremos que irnos todos de aquí. Esta é unha terra que nos deu sempre para vivir a gusto, case ninguén tivo que emigrar...” en: «Xove. Á nuclear vaille a marcha», en *TEIMA*, 17 (7 al 14-4-1977), p. 4.

³⁵ Es interesante la intervención en el debate de científicos como el director del Instituto de Investigaciones Pesqueras, B. Andreu, quien afirmó en un curso de verano celebrado en Vigo: “Los productos residuales de las industrias instaladas cerca del mar o en la desembocadura de los ríos constituyen un serio peligro para el desarrollo normal de las especies litorales, especialmente en las ensenadas y bahías con circulación limitada, caso de las Rías gallegas, estuarios y bahías abiertas” en: «Xove. Unha industria porca», en *TEIMA*, 3 (30-12-1976 al 6-1-1977), pp. 7-11.

la presumible existencia de efectos negativos para la salud de la población de la zona como consecuencia de la exposición a radiaciones: cáncer, leucemia, incremento del número de abortos y de las estadísticas de niños nacidos con alteraciones genéticas (“síndrome de Down” u otras)³⁶.

En cuanto al repertorio de protesta que encontramos en el caso de la movilización antinuclear de Xove, es necesario hablar de dos modelos que interactúan y se complementan de una forma bastante eficaz. La comunidad local de las parroquias más afectadas (Portocelo y Xuances) pondrá en práctica formas de protesta habituales en otros conflictos acontecidos en el mundo rural gallego durante el Franquismo, y también en algunos casos en etapas anteriores: el envío de cartas colectivas a las autoridades, en este caso a varios ministros y al ya rey Juan Carlos I, la recogida de más de un millar de firmas entre los vecinos, las cuales fueron después presentadas a los alcaldes de Xove, Cervo y Viveiro solicitando una moratoria de diez años para la construcción de la central, la composición de coplas reivindicativas o la concentración de las mujeres de la parroquia afectada bajo el grito: *¡Non queremos – la Nuclear!*.³⁷ De cualquier modo, la mayor parte de estas acciones tuvieron lugar a finales de 1976 y a comienzos de 1977, lejos todavía de una situación de normalidad democrática, más si cabe en la esfera local, en la que las corporaciones municipales franquistas no se renovarían hasta abril de 1979; pero en todo caso en un contexto político bastante diferente al de unos años atrás, caracterizado por las crecientes expectativas de apertura en una dirección democratizadora.

A estas formas “tradicionales” del repertorio, los labradores y pescadores de las aldeas más afectadas incorporaron nuevas formas de protesta tomadas de aquellos “aliados externos” con los que fueron contando según avanzaba el conflicto y su repercusión en la opinión pública aumentaba de escala. Entre estos aliados se debe destacar a las Asociaciones Culturales *Valle Inclán*, de Lugo y *Sementeira*, de la vecina villa de Viveiro, a expertos (economistas, biólogos y profesores universitarios) agentes de economía doméstica, a determinados medios de comunicación escrita y finalmente a toda una serie de organizaciones políticas y sindicales de la oposición, de tendencias

³⁶ Xosé Luís TEMES, «Efectos das radiacións sobre a saúde (A propósito da central nuclear de Regodela – Xove)», en *TEIMA*, 23 (19 al 26-5-1977), p. 8.

³⁷ Alba DÍAZ GEADA, *O campo en movemento: o papel do sindicalismo labrego no rural galego durante o tardofranquismo e a primeira etapa democrática (1964 – 1986)*, memoria de investigación inédita del Programa Oficial de Posgrado en Historia Contemporánea, Universidade de Santiago de Compostela, Santiago, 2009, pp. 55 – 57, afirma, a partir de la fuente oral, que un grupo de unos veinte campesinos de las parroquias de Xove afectadas por la instalación de la central constituyeron una comisión que viajó por toda Galicia presentando sus reivindicaciones y recabando apoyos.

ideológicas nacionalistas y de izquierda, aún en una situación de semiclandestinidad, y entre los que cabría destacar la activa presencia del sindicato nacionalista *Comisións Labregas* (CCLL). También hay que citar aquí los posicionamientos públicos (en medios de comunicación que apoyaban abiertamente las reivindicaciones de los vecinos) de personas de referencia en el movimiento ecologista español del momento, como el periodista y especialista en temas nucleares P. Costa Morata o el sociólogo y urbanista Mario Gaviria.

Entre las novedades en el repertorio cabe citar los intentos de organizar mesas redondas de debate entre representantes de FENOSA y aquellos expertos que estaban asesorando a los vecinos o la pretensión de realizar una manifestación, iniciativas que no fueron autorizadas por el gobierno civil de Lugo y resultaron obstaculizadas por el propio alcalde de Xove³⁸. Pero sin duda la acción más “espectacular”, que no partió de una iniciativa de los vecinos, sino de dos organizaciones nacionalistas, el sindicato CCLL y la *Asamblea Nacional Popular Galega* (AN-PG), fue la realización de una marcha de protesta de 12 kilómetros entre Viveiro y Xove, el día 10 de abril de 1977³⁹. Esta marcha, que permite visualizar muy bien los intentos hechos por el nacionalismo gallego y por otras fuerzas políticas por instrumentalizar la intensa conflictividad socio-ambiental del momento en beneficio propio, terminó con un enfrentamiento abierto, al borde de la violencia física, entre nacionalistas de la UPG y simpatizantes de otras tendencias políticas, como los comunistas del PCG (Partido Comunista de Galicia), los maoístas del MCG (Movimiento Comunista de Galicia); los trotskistas de la LCR (Liga Comunista Revolucionaria) o los marxistas – leninistas del PT – PCU (Partido de los Trabajadores – Partido Comunista de Unificación), entre otras organizaciones de la oposición de izquierda.

Más allá de estos incidentes, hay que destacar que durante el desarrollo de esta marcha los participantes mostraron abiertamente, a pesar de la prohibición gubernativa de su celebración, su simbología partidaria (banderas, pegatinas, brazaletes...), así como pancartas con eslóganes reivindicativos, y profirieron consignas que iban contra la

³⁸ A diferencia de otros conflictos socio-ambientales que tuvieron lugar en Galicia en el mismo periodo, o del citado caso de Deba, ante el proyecto nuclear de Xove las autoridades locales y provinciales no intentaron legitimarse a través de una intermediación en defensa de los intereses de los vecinos, sino que se fueron decantando cada vez más hacia la posición de las empresas promotoras, lo que es indicativo del fuerte respaldo político con el que contaban estas en Galicia. Entre los argumentos a favor de la instalación se encontraban: la necesidad de industrializar la zona (y Galicia en general) y la creación de puestos de trabajo, en especial durante la fase de construcción de la instalación.

³⁹ Una narración de esta acción de protesta y del posterior enfrentamiento entre participantes en: Brais do CASTRO, *Moncho Valcarce: o cura das Encrobas*, Novos Veiros, A Coruña, 2003, pp. 170-175.

instalación de la central nuclear y la empresa FENOSA (“*Non á nuclear*”; “*Non á colonización*”), pero también de pura afirmación de sus organizaciones. Las declaraciones de un vecino de Viveiro a un redactor de la revista TEIMA, resumen bien los cambios que se estaban produciendo en el contexto político y su percepción por parte de la sociedad: “Ya era hora de que llegaran aquí libremente los colores de la política. Nunca había visto tantas banderas sin que detrás corriera un guardia”⁴⁰.

Conclusiones

Como se ha visto, existen algunos elementos en común en las características generales que presenta la conflictividad socio-ambiental en los casos gallego y vasco durante la Transición, así como en la interacción entre nacionalismo y comunidades locales en el desarrollo de las diferentes protestas contra la instalación de centrales nucleares.

Tanto en Galicia como en el País Vasco, durante los años terminales del Franquismo y la Transición, la conflictividad socio-ambiental (entre otras manifestaciones de malestar social) contribuyó a la democratización del régimen político al hacer evidente que las decisiones tomadas por las autoridades estaban cada vez más mediatizadas por la creciente incorporación de la población a prácticas políticas abiertas. Los ambiguos comportamientos que las instituciones locales y provinciales del régimen demostraron en este tipo de conflictos (tendientes a posicionarse al lado de las reivindicaciones vecinales cuando los proyectos industriales que auspiciaban se tornaban muy impopulares) son un buen ejemplo.

Sin embargo, queremos también incidir en las importantes diferencias que observamos entre ambos casos. En el vasco, la protesta antinuclear se articula más claramente “desde abajo”, a partir de iniciativas de individuos particulares y de organizaciones en la esfera de la sociedad civil que, en muchos casos, comparten una ideología nacionalista. Es en una segunda fase de la movilización cuando los partidos políticos nacionalistas se suman y apoyan aquella activamente. En Galicia, las manifestaciones de conflictividad socio-ambiental, y antinuclear como una de sus variantes, se convierten en una palanca para la penetración política del nacionalismo en el mundo rural, hasta el punto de que las organizaciones nacionalistas, y en particular la

⁴⁰ «Non xove a gusto de todos», en *TEIMA*, 19 (21 al 28-4-1977), pp. 14 y 15.

UPG y su sindicato agrario *Comisións Labregas*, tienden a hegemonizar (y patrimonializar) los conflictos, aunque es necesario advertir que el gran predominio de las fuentes generadas en la órbita del propio nacionalismo gallego del periodo puede contribuir a distorsionar algo la aproximación histórica al fenómeno.

El movimiento antinuclear estuvo más y mejor articulado en el País Vasco que en Galicia: así lo demuestra la celeridad con la que se crearon estructuras organizativas como los comités antinucleares locales y la Comisión de Defensa de una Costa Vasca No Nuclear o la muy activa participación en el mismo de las asociaciones de vecinos. Todo ello, junto con el surgimiento de focos de descontento (principalmente, aunque no sólo, en Vizcaya y Guipúzcoa), parece estar en la base de un rápido salto de escala desde lo “local” a lo “nacional”. En Galicia, el caso de Xove representa la primera (y hasta cierto punto episódica) manifestación de la movilización antinuclear, que va a experimentar su clímax algo más tarde, entre 1979 y 1983, con las masivas protestas contra el depósito de residuos radiactivos en la Fosa Atlántica. En general, a la altura de mediados de la década de 1970, la representatividad social de los participantes en el conflicto de Xove es más limitada que en los casos de Deba y Lemóniz.

Finalmente, la contribución de la movilización antinuclear a la democratización política a la que nos referimos más arriba se vio significativamente alterada en el caso vasco por la irrupción del terrorismo de ETA en el conflicto de Lemóniz. Tal intervención (que culminó dramáticamente con los asesinatos de los ingenieros jefes del proyecto, Ryan y Pascual), unida a la ausencia de críticas públicas de las organizaciones del movimiento antinuclear respecto al empleo de la violencia, situó el conflicto en un escenario muy diferente del precedente.